



Percy Vílchez Vela
**EL DELIRIO DEL
GENERAL QUIJOTE**



 tierra nueva



El delirio del general Quijote

Primera edición: XXXXXXXX, 2023

© *El delirio del general Quijote*

© Percy Vilchez Vela

© Tierra Nueva

Jr. Trujillo 1565, Punchana, Iquitos, Perú

Teléfono: 065-251421

tierranueva1998@gmail.com

Hecho el Depósito Legal en la Biblioteca Nacional del Perú N.º: 2023-XXXX

ISBN: XXXXXXXX

CUIDADO EDITORIAL: Jaime A. Vásquez Valcárcel

DISEÑO Y MAQUETACIÓN: Juan Carlos Bondy

Queda prohibida la reproducción total o parcial por cualquier medio,
en forma idéntica, extractada o modificada y en cualquier idioma,
sin permiso del editor.

Se imprimieron XXXXXX ejemplares en los talleres
de Imprenta Gráfica Daniela de Jaime Vásquez Valcárcel

Jr. Trujillo 1565, Punchana, Iquitos, Perú

XXXXXX, 2023

Impreso en Perú / Printed in Peru

Contenido

Capítulo 1	9
Capítulo 2	13
Capítulo 3	17
Capítulo 4	20
Capítulo 5	24
Capítulo 6	27
Capítulo 7	29
Capítulo 8	32
Capítulo 9	36
Capítulo 10	39
Capítulo 11	43
Capítulo 12	46
Capítulo 13	50
Capítulo 14	54
Capítulo 15	59
Capítulo 16	63
Capítulo 17	66
Capítulo 18	69
Capítulo 19	72
Capítulo 20	75
Capítulo 21	78
Capítulo 22	81
Capítulo 23	83
Capítulo 24	86
Capítulo 25	90
Capítulo 26	92
Capítulo 27	95
Capítulo 28	98
Capítulo 29	101
Capítulo 30	104
Capítulo 31	107
Capítulo 32	110
Capítulo 33	114
Capítulo 34	117
Capítulo 35	120
Capítulo 36	124

Capítulo 1

El general Quijote o Temístocles Pásara Ruesta era un varón alto, flaco y desgarbado. Los huesos de su rostro, de sus brazos y de su cuerpo sobresalían visiblemente y le daban una apariencia de calavera con escasas carnes, de esqueleto disimulado por sus ropas diarias. En sus mínimos gestos, en sus peculiares movimientos, parecía que en cualquier instante se iba a desarmar. Y daba la impresión de que se sostenía por puro milagro. De lejos o de cerca, el uniformado tenía una acusada semejanza con el inmortal hidalgo Alonso de Quijano. El apodo de Quijote se lo pusieron en la secundaria, pero él no lo sabía. Y, además, no le hubiera importado porque no recordaba haber leído la obra cumbre de don Miguel de Cervantes Saavedra. Pese a su apariencia esquelética y titubeante el uniformado era un varón fuerte y resistente, diestro en el asunto de las armas, rápido en sus decisiones, eficaz en todo lo que emprendía, hábil para conquistar mujeres y en ocasiones bastante inclinado a empresas descabelladas.

Una de esas empresas descabelladas era imaginar que en cualquier momento iba a estallar una atroz guerra con Chile. Desde que ingresó a la carrera de armas en la Escuela Militar de Chorrillos sentía que estaba a punto de iniciar una cruzada que acabaría con el asalto e invasión de Santiago. Y, de vez en cuando, cualquier noticia relacionada con el país sureño la

relacionaba con un inminente conflicto. La otra de esas empresas que ejecutaba con afán era tratar de conquistar a una muchacha de dieciocho años, Doris Dey Carranza Pacaya, que en ese tiempo de festejo iba sufrir un intento de violación de parte de enardecidos soldados y desatados suboficiales. Pero la jornada más descabellada que emprendió en su vida castrense fue comandar los destinos de la celebración de la fiesta del carnaval en la Amazonía.

En los predios de su vida militar jamás el general Quijote o Temístocles Pásara Ruesta había imaginado que iba a auspiciar y comandar semejante parranda. La perentoria orden, como la efusión de una picaresca marcial, de una burla bélica que involucraba a los altos jefes militares de las otras armas acantonadas en la plaza de Iquitos y de la Policía, vino del siniestro asesor Vladimiro Montesinos. En su desesperación por calmar o apagar el encono y la rebeldía de los amazónicos, que no aceptaban el reciente tratado fronterizo con el Ecuador, el citado decidió patrocinar la farra y la diversión, bajo el amparo y el auspicio del rey Momo y su cohorte de seres pintorescos. Ello era, además, una manera de buscar la reelección del ingeniero Alberto Fujimori. En ese instante el general Quijote era comandante en jefe de la Quinta Región Militar y nada sabía de esos festejos que encandilaban a la población. Nunca en ninguna época de su vida había jugado carnaval.

Durante unos instantes quiso protestar, porque la profesión de las armas no podía denigrarse hasta ese extremo, pero se calló en todos los idiomas temeroso de perder la confianza del asesor de marras. Él mismo le dijo que no se preocupara de los gastos, ya que él iba a designar una partida secreta para su uso personal, y se despidió sin más. En su oficina del hotel Palace el militar pensó en su tormento de dieciocho años y lamentó no poder visitarla esa misma noche. En el acto, como quien no quiere la

cosa, llamó por su celular a los comandantes generales de las otras dos armas y al jefe de la Policía, y les comunicó con una voz áspera lo que acababa de recibir como una orden definitiva. No esperó ningún comentario o respuesta y los citó a una reunión de trabajo en uno de los restaurantes de Iquitos. Después llamó a su adjunto, el capitán Macedonio Pareja, para decirle que convocara a una conferencia de prensa para difundir la peregrina celebración carnavalera uniformada. Luego llamó por su celular al periodista Emilio Sandoval, que hacía las veces de filmador para averiguar la verdadera vida de su querida de dieciocho años, y le contó lo que le sucedía. Este le recomendó que contratara los servicios de un experto en parrandas de ese tipo que se llamaba Lucas Ibarán.

Antes de que arribaran los periodistas serviles y rentados puntualmente para que hicieran todas las trastadas a favor del régimen dictatorial, como atacar a los líderes locales que se oponían al ingeniero, arrojar lodo a los enemigos visibles de la corrupción imperante o elogiar las mínimas acciones de los que por entonces gobernaban la región y el país, hizo escribir a su adjunto un comunicado escueto que fue enviado a las unidades, cuarteles, bases y guarniciones donde se les convocaba a los militares para celebrar la parranda del carnaval. ¿Era posible esa aberración de última hora?, se preguntaba el líder de los uniformados mientras se paseaba a lo largo y ancho de su oficina, esperando a los periodistas. Estaba incómodo, irritado y temeroso y por primera vez se olvidó de ordenar el agasajo a los hombres de prensa.

En ese entonces eran célebres los brindis y las comilonas que preparaba el militar cada vez que los reunía. Los periodistas fueron llegando solitarios o en manadas. Era de ver en sus rostros, en sus gestos, la vocación rastrea que los animaba. Lo peor de esa venta es que los sesudos dueños o directores de los medios

escritos, radiales o televisivos, más importantes estaban en primera línea de la vergonzante venta. En un extremo de aquella amplia oficina, como reunidos por un extraño milagro, estaban aquellos periodistas que en un momento fueron adversarios furibundos del ingeniero Fujimori, pero por un plato de lentejas cambiaron, sin sonrojarse, de bando. En el otro extremo, sin juntarse con nadie, estaba un locutor de armas tomar que militaba en un viejo partido y que de la noche a la mañana acabó sirviendo al régimen, mientras ponía negocios sospechosos de corrupción.

El general Quijote, sin dejar de caminar con prisa, les dijo a los periodistas que los militares en conjunto, y con la venia del ingeniero Alberto Fujimori, iban a conducir la celebración del carnaval de ese año. El festejo de aquella parranda era una manera de buscar la reconciliación entre gobernantes y gobernados, la armonía en un lugar poblado de enconos. No esperó preguntas o aclamaciones o servilismos y les ordenó que a partir de la fecha deberían difundir el júbilo y el jolgorio en nombre de la concordia y del beneficio para toda la población. En un momento se detuvo, hizo un gesto ambiguo, dijo señores la conferencia ha terminado y les pidió que abandonaran su oficina. Después ordenó a su adjunto que redactara un escueto comunicado para entregárselo a los periodistas de oposición que eran contados con el dedo de una mano. En seguida, el uniformado se fue en el carro oficial a las redacciones y las oficinas de esos periodistas que todavía no se habían vendido a la dictadura. Esa mañana fue toda una sorpresa ver entrar al célebre general Quijote que les pidió a los opositores que le ayudaran a difundir ese evento importante para el regocijo de la ciudadanía.

Capítulo 2

En la esquina de las calles Próspero con Napo, cerca del restaurante Aris Burguer, frente a la Plaza de Armas, el esquelético general Quijote desató cruda guerra contra un insidioso enemigo: su carro oficial. Desde hacía un tiempo dicho auto mostraba serias deficiencias y el uniformado en cualquier momento recurría a puñetazos y patadas vehementes. La bronca contra el vehículo de color rojo estaba desatada y era frecuente espectáculo en algunas calles de Iquitos que el uniformado usara su furia desenfrenada en un intento de acabar con el tormento. Era una furia que le dominaba y enceguecía, obligándolo a saltar de improviso sin fijarse ni en la hora ni en el lugar. El alto oficial tenía esa costumbre violenta contra cualquiera de los objetos domésticos que se plantaban y así había destruido planchas, licuadoras, televisores y computadoras. No dejó de acabar a golpes con la bicicleta que le servía para ejecutar el ciclismo mañanero. Y siempre estaba alerta y listo para maltratar a cualquier objeto que mostrara fallas, lo cual le había ocasionado varias peleas conyugales.

Esa mañana el militar estaba harto de ese carro que se detenía de improviso en cualquier parte, y estaba decidido a darle su merecido, embistiéndolo desde varios frentes y usando toda la contundencia de sus golpes, mientras lo insultaba de mil maneras. Cada ataque lo volvía más violento y hasta lo sacaba de

quicio que el bendito o maldito auto no mostrara huellas definidas de sus ataques. La agresión hubiera ido de largo, convocando a la gente que se detenía a ver al general golpear a su carro, pero el capitán Macedonio Pareja logró serenar a su jefe poniendo de escudo su propio cuerpo. Luego lo condujo a la mesa donde lo esperaban los altos oficiales de las otras armas y de la Policía que el general Quijote había convocado para sumar fuerzas y conseguir la excelencia en la celebración del insólito carnaval uniformado.

En los anales de sus vidas militares los altos oficiales, seres preparados marcialmente para las guerras contra los enemigos y no para comandar festejos descarriados, nunca habían imaginado que los iban a utilizar para la celebración de un carnaval. Era una ofensa que el gallardo y vigoroso ejercicio de las armas se vinculara con una parranda de lo más relajada y rebajada. El más afectado por esa noticia era el vicealmirante Neftalí Suazo Siles, jefe de los marinos acantonados en la zona oriente que consideraba como una burla que sus bravos efectivos se mezclaran con ese juego popular. Era un varón de elevada estatura que siempre mostraba la cabeza rapada al ras como una declaración permanente de su vocación militar. Era su cuerpo ancho y vigoroso y constantemente pretendía demostrar que le nutría una poderosa energía interior, que lo hacía derribar platos, romper vasos y hasta agredir sin darse cuenta a sus acompañantes. En un comienzo, cuando recibió la noticia de parte del general Quijote creyó que era una broma. Cuando se dio cuenta que el otro hablaba en serio tuvo la idea de renunciar a su elevado cargo, pero lo pensó mejor y acudió a la cita considerando imponer su punto de vista sobre la mejor manera de conducir esa aberración. Desde antes de arribar a ese alto cargo tenía una nada disimulada bronca contra el Ejército que tenía mayor poder y prestigio entre los sucesivos gobiernos. Y mientras iba hacia el

lugar de la cita pensó en ganar protagonismo en aras de un futuro ministerio.

El que también anhelaba protagonismo en esa celebración carnalera era el general del Aire Faustino Carrión Cepeda, aviador por vocación y destino que había arribado a su puesto de mando gracias a su talento y a su esfuerzo y no a componendas. Era un varón de mediana estatura, de cabeza abultada, de hombros caídos y brazos demasiado largos, que soñaba con comandar en algún momento un ataque aéreo a Guayaquil. Era enemigo declarado del general Quijote que era el preferido del gobierno para emprender campañas en favor de la población. Cuando arribó a la cita ya tenía su estrategia para comandar los destinos de esa celebración descabellada. El que no tenía ninguna bronca contra los altos jefes y que carecía de alguna estrategia de acción era el general de la Policía, Macario Soto Bernuy, que tenía una bien ganada fama de mujeriego ya que pasaba varias horas en un gimnasio local tomándose fotos con bellas muchachas que hacían sus ejercicios. Era más alto que los otros jefes, lo cual le hacía imaginar que era superior a ellos. Era totalmente calvo, tenía varios lunares en el rostro reseco y estaba torturado por la indeseable manía de arrojar moco por la nariz. Lo primero que hizo al entrar al restaurante fue buscar con los ojos a una hermosa fémina, soltera o casada, para imaginar un explosivo encuentro sexual.

Los militares de alta graduación y el jefe policial pidieron suculentos desayunos y no desdeñaron el gusto por sendas cervezas, esperando que el otro comenzara a hablar para oponerse en aras del prestigio de la propia institución que comandaban. Mientras despachaban sus potajes o hacían salud con descaro desechaban las ideas ajenas, apelando a sus escasos conocimientos de los carnavales, mencionaban como de pasada las famosas celebraciones de Niza o de Río de Janeiro y se perdían en sueños de grandes espectáculos montados por sus efectivos como

si fueran los verdaderos y únicos servidores del rey Momo. En cada uno estallaba una especie de asombro ante el tema que tenían en la agenda, tema que nada tenía que ver con sus conocimientos de estrategias bélicas o de campañas de las armas. Lo más grave del asunto era que ninguno de los uniformados gustaba de esa fiesta y todos tuvieron que disimular el desdén que sentían por las cabaciñas arrojadas, el sembrado de húmishas, las parrandas a la intemperie. El afán de superar a los demás, de hacer las cosas mejor que los otros, los enfrascó en prolongados debates y discusiones descabelladas, hasta que el general Quijote no soportó más la hipocresía y les recordó que la orden había partido de Vladimiro Montesinos.

La dominante presencia del asesor impidió que cada uno de los militares se disparara por su lado. Desde las nada santas maniobras de su poder omnímodo ese personaje decidió que no hubiera grietas o fisuras entre los uniformados que jugaban la baraja del protagonismo personal. Y así, con sonrisas torcidas, con palabras falsas, con forzadas promesas de ayuda mutua para que las cosas marcharan hacia buen puerto, los altos oficiales acordaron dar sus mejores esfuerzos para que el carnaval uniformado fuera una celebración de primer nivel. Una vez hecha las paces los altos oficiales pidieron música criolla y se quedaron a beber hasta después del mediodía, lanzando de vez en cuando hurras y vivas al bélico carnaval que se avecinaba. Achispado ya el general Quijote volvió a agredir a su auto, no quiso embarcarse más en esa carcocha y se fue a su casa subiéndose a un viejo motocarro que, para desgracia del conductor, se plantó de repente. El general Quijote saltó de su asiento, no escuchó las tímidas explicaciones del propietario y, ciego de furia, agredió al vehículo con puñetes y patadas hasta que el capitán Pareja apareció en otro motocarro para conducirlo a la fuerza a su casa de la calle Brasil.

Capítulo 3

La casa de Lucas Ibarán era una fortaleza del rey Momo. Estaba ubicada en la sexta cuadra de la calle Ángel Brusco y se distinguía nítidamente de las otras moradas aledañas. En la fachada enlucida con cemento brillaban varios colores chillones enlazados por un evidente mal gusto. En tantas partes resaltaban lemas o dichos alusivos a la celebración de la fiesta carnavalesca. En los extremos había figuras danzando o bailando disfrazadas de Ño carnavalón, de monigotes, de colombinas, vacas locas y otros personajes vinculados a las carnestolendas. En el interior reinaba un desorden colosal debido a la abundancia de diferentes vestidos, adornos, máscaras, botellas, bolas de tierra de diferentes colores, montones de achiote, tagua, caballusa y mishquipanga.

El señor Lucas Ibarán era un varón absolutamente feo con sus cabellos parados y ralos, su nariz puntiaguda con evidentes verrugas en varias partes, sus ojos pequeños y su boca algo torcida que no paraba de hablar. Y, para rematar su evidente fealdad, gustaba vestirse con ropas de mal gusto y estrofalarias como si estuviera en pleno festejo del carnaval. Insuperable fiestero, animador irremediable de cuanta parranda estallara en cualquier parte, diestro en copas y borracheras, experto en veras y burlas, había recibido el oficio de las carnestolendas directamente de sus padres.

Él y ella habían nacido y vivido en Aucayo, donde las carnes-tolendas incluían a todo el caserío. En cada patio flameaban las palmeras con sus regalos amarrados y la celebración duraba varios días. Era un jolgorio popular sin desperdicio y con desfile de disfraces que cada uno inventaba. En la víspera de esa parranda ambos se internaban en el monte y sacaban los productos aptos para esa fiesta, las tierras de diferentes colores y los traían a vender en Iquitos. En esos avatares un comerciante les pidió que le ayudaran a preparar un carnaval en homenaje a la institución de beneficio que por entonces presidía. La labor que ambos hicieron fue implacable y estallaron las felicitaciones, los agasajos. La paga que les dieron les sorprendió. Desde ese momento, cada año recibían invitaciones de diversas entidades para organizar dicha fiesta. El aumento de sus ingresos hizo que decidieran migrar a Iquitos, donde nació el primogénito Lucas Ibarán.

En un ambiente de festejo permanente, de emisión de ruidosas y divertidas canciones con temas y motivos carnavaleros, de desfile de diversos personajes coloridos, de confección de máscaras y disfraces, de juegos con agua, maicena y otras cosas, de siembra y corte de palmeras y de jolgorio de danzas y pandilladas, creció Lucas Ibarán. No tardó en integrarse a las labores de sus padres, encargándose de recitar de memoria dichos y coplas inspiradas en esa fiesta. En esas faenas se dio cuenta que podía divertirse a su antojo y parecer de los demás. Lo que más le sorprendió era que los burlados no parecían darse cuenta del escarnio y entre risas lo alentaban a seguir con sus burlas. Desde entonces, esa parranda se convirtió para él en una efusión de apodos y escarnios. Y aportó a los festejos la confección de muñecos que representaban a gobernantes, autoridades, políticos, comerciantes y otros personajes que a lo largo del año habían metido la pata. Faltando tres meses para la celebración de los carnavales se dedicaba a buscar clientes y su agenda iba

llenándose con el nombre de entidades, instituciones o personas que estaban dispuestas a pagar para que él les organizara las carnestolendas. De eso vivía con su mujer y sus tres hijos.

Esa tarde Lucas Ibarán recibió al uniformado vestido con una camisa holgada y multicolor, un pantalón bombacho cruzado por líneas negras y unos tamancos de madera. Apareció bailando una pandillada que emitía su celular, y de repente cogió de los hombros al general Quijote y lo invitó a mover el esqueleto. El uniformado se sintió manoseado, manipulado, y apenas pudo dar unos pasos torpes, mientras trataba de zafarse de Lucas Ibarán. La vida es un carnaval, dijo el anfitrión; soltó al militar y le preguntó a qué se debía su inesperada visita. El uniformado le dijo que quería que diera clases a los militares sobre la mejor manera de celebrar el carnaval. El hombre no pudo evitar soltar una carcajada; después preguntó que de cuando acá los gallardos morocos se interesaban sobre esa parranda. El general Quijote pasó por alto esa impertinencia y le dijo que era importante para los militares conocer algo de esa celebración, porque por primera vez iban a comandar los destinos divertidos de esa fiesta.

El ciudadano Lucas Ibarán le dijo que antes que una diversión esa parranda era una burla colectiva que se evidenciaba en los muñecos, los disfraces y los mismos corsos. El general Quijote pasó por alto ese comentario y le preguntó por el costo de su trabajo. El carnavalero le dijo que tenía que hacer su presupuesto. El militar le dijo que lo hiciera lo más pronto posible, y se marchó dejándole el número de su celular. Lucas Ibarán se quedó sorprendido del giro que habían tomado las cosas. En su agenda no figuraba que los serios uniformados se involucraran en fiesta tan desmandada. Y estuvo seguro de que la iba a pasar muy bien en la instrucción carnavalera a los uniformados.

Capítulo 4

La mañana del primer día de la instrucción carnalera unificada, el señor Lucas Ibarán se divirtió a lo grande imaginando que existía por entonces un muñeco gigante vestido de militar que iba a una guerra subido en el tanque en ruinas que estaba abandonado frente al campamento militar. Como dicho vehículo no podía avanzar por los obstáculos del bosque, los otros combatientes lo desplazaban empujando con todas sus fuerzas, jalando con cuerdas extendidas a ambos costados y utilizando troncos atravesados. En esos esfuerzos nada marciales andaban cuando arribaban a un inmenso pantano.

No era la primera vez que el carnalero frecuentaba ese recinto de las armas, ya que lo visitó varias veces cuando estudiaba la secundaria mientras hacía su servicio militar no acuartelado. De ese tiempo no recordaba haber aprendido nada valioso, y le quedaba en la mente la sensación de que ese oficio era un verdadero desperdicio. Avanzó con paso decidido, imaginando que participaba en una concurrida parada militar, hacia el general Quijote que en ropa de faena lo esperaba cerca al pabellón de oficiales. El militar ordenó que le entregaran un megáfono y le dijo que tenía que esperar que arribaran todos los convocados.

El general Quijote ya había enviado una orden a cuarteles, bases y campamentos de la ciudad para que los militares, que incluía a oficiales, suboficiales, sargentos, cabos y soldados rasos,

asistan disciplinadamente, al Fuerte Vargas Guerra para recibir adiestramiento en los secretos del rey Momo. La orden incluía a los reservistas, los cuales iban a ser denunciados ante la justicia militar si es que no acudían a la instrucción. Pese a esa amenaza no faltó uno que otro reservista que no acudió al llamado y fueron sometidos después a juicio por el citado general.

Desde una posición privilegiada, Lucas Ibarán sintió una extraña sensación de poder mientras veía arribar a los militares. El hecho de que todos esos uniformados estuvieran bajo su mando, atentos a sus palabras, le produjo la certeza de que él era superior a los demás. Era una auténtica avalancha que venía de varios lugares vestidos con uniforme o ropa de faena. Muy pronto se hicieron varias columnas en el extenso ámbito del campamento. Era formidable para él ver a tanto militar reunido para conocer más a fondo los designios del monarca de carnaval. No pudo evitar la burla y disfrazó a cada uniformado de monigote que marchaba gallardamente durante la celebración del 28 de Julio. Después los adornó con el disfraz de la vaca loca y los hizo dar vueltas y vueltas por algunas calles de la ciudad, mientras los escoltaban veloces tanques adornados con motivos carnavaleros.

Desatado ya en su afán de burla, imaginó una eventual guerra con efectivos sacados de una rotunda celebración de carnaval. Los altos jefes militares, atrincherados en el vientre de una gigantesca vaca loca, esbozaban sus estrategias, sus planes de combate, siguiendo los dictados del rey Momo. En medio de la celebración no servían de nada las armas y era mejor para ambos bandos enfrentados la lucha con pintura, agua y otros elementos dignos del carnaval. La batalla no se decidía para ninguno de los bandos cuando el general Quijote tomó la palabra.

El citado general estuvo inspirado y, como si se tratara de una gloriosa campaña militar que iba a comenzar, dirigió a sus

subordinados una encendida arenga marcial, instándolos a que pusieran todas sus energías y esfuerzos para que la inédita celebración militar del carnaval fuera todo un éxito. En seguida, el militar se refirió al aporte de los uniformados en el progreso de la región oriental, y terminó mencionando que el auspicio de esa parranda era una búsqueda de acabar con malentendidos, rencores y enconos. Y, para terminar con su perorata, presentó a Lucas Ibarán como un experto en cuestiones carnavaleras que les iba a enseñar los secretos de aquella fiesta.

El instructor Lucas Ibarán demoró en comenzar con la faena ya que disfrutó durante unos minutos al imaginar que los hacía ranear, hacer planchar, cangurear y correr por la pista de combate. Luego, desplazándose de un lugar a otro, gritando más que hablando, imitando las voces de los diferentes personajes de aquella celebración anual, comenzó con su instrucción disparando una serie de coplas pícaras y burlescas, atrevidas e insolentes, donde hacía tabla rasa de todos los sinvergüenzas y abusivos. Explicó, después, que el célebre rey Momo era el único y verdadero soberano de la ciudad y del mundo. Apelando a la invención de nombres y fechas, confundiendo los datos, distorsionando las fuentes escritas, ejecutó una apresurada historia del carnaval en la Amazonía.

Después les dijo que durante su vida dedicada a organizar los carnavales había recibido invitaciones de los mejores carnavales de la tierra. El carnaval de Venecia le parecía la mejor celebración que conocía hasta ese momento. Luego se mudó el disfraz de un muñeco que representaba al monarca Momo, y sacó de un maletín los diferentes productos que habitualmente se usaba durante esas fiestas. Explicó a los uniformados cómo se preparaba cada uno, pero les advirtió que en la parranda auspiciada por los militares se iba a emplear solamente papel picado y agua limpia. Y mostró globos y chisguetes y les enseñó a usarlos con eficacia.

El general Quijote era uno de los más atentos alumnos. No solo escuchaba con atención las palabras de Lucas Ibarán, sino que tomaba notas y hacía preguntas a cada rato. No contento con eso, después que terminó la instrucción, fue a su casa de la tercera cuadra de la calle Brasil y se sumergió en internet buscando las noticias sobre el carnaval en tantas partes del mundo.